

Combatiendo la obsolescencia: la opción de la resiliencia social y ecológica.

Manuel Calvo Salazar

La obsolescencia urbana es un fenómeno recurrente en la ciudad moderna; recurrencia paralela a aquella que, desde instancias de diferente tipo, han intentado intervenir en esas realidades para frenar este proceso. Esta intervención pretende saldar una deuda con el pasado y presente de ciertos tejidos urbanos que fueron diseñados y ejecutados para solventar necesidades urgentes de vivienda y habitación en ciertas épocas de nuestra historia reciente.

La intervención de renovación física sobre los edificios y los entornos urbanos de las barriadas degradadas posee en Andalucía una historia que suma ya varias décadas y que nació paralela a la preocupación por el estado, a veces lamentable, de tejidos ur-

banos completos. Lo más grave del asunto, sin embargo, no es que los tejidos urbanos y los edificios envejeczan y tengan que ser rehabilitados para mejorar la calidad de vida de habitantes que no poseen recursos para acometer estos arreglos, sino que estas barriadas han envejecido a una velocidad inusitada y desconocida en toda la historia urbana anterior. En estos casos, hay edificios que no poseen más de cuarenta años y que presentan un deterioro mucho más profundo del que por edad les correspondería. Podría afirmarse, así, que los procesos de obsolescencia son especialmente graves por la intensidad en que este envejecimiento se ha producido.

Es evidente que el diseño inicial de estos es-

pacios edificados es en gran medida culpable de esta realidad, es decir, muchas barriadas llevan en su genética la predisposición al deterioro físico. Pero también lo han sido las especiales características del tejido social que los habita. Así pues, los procesos de obsolescencia son especialmente preocupantes porque el deterioro físico va de la mano del deterioro social, que es mucho más difícil de solventar y para cuyo tratamiento no están preparadas las metodologías de intervención al uso. De otra parte, la corrección de este deterioro social lleva tiempo y es tributaria de una acción permanente en el espacio y en el tiempo, de tal manera que es difícil la consecución de metas en el corto plazo.

Mi opinión al respecto es que las intervencio-

nes institucionales son imprescindibles para corregir la obsolescencia urbana, pero hay que tener claro que estas intervenciones han de tener un fin social. La renovación física de los espacios degradados ha de comprenderse como una herramienta más de intervención social y siempre a su servicio, si consideramos como válidas las premisas de que la ciudad física no es más que un producto de la construcción social del espacio urbano. La intervención física, en suma, podría entenderse en consecuencia como un método para ganar tiempo. Me congratulo al comprobar que este nuevo enfoque no sólo es comprendido por las acciones que se están llevando últimamente a cabo, sino que también está siendo aplicado con relativo éxito

Fotografía realizada por Rafaela Rodríguez.

ARTÍCULOS DE OPINIÓN

Distrito y el espacio público en Sevilla. Manuel Calvo Salazar.





global en muchos puntos de Andalucía . Empoderamiento social: ganando resiliencia.

No es mi intención añadir una reflexión más, por otra parte quizás no muy rigurosa, al prolijo debate sobre la obsolescencia de las barriadas y el modo de gestionar estos procesos, sino aportar algunos elementos conceptuales que pueden ayudar a mejorar, siquiera teóricamente, las propuestas de intervención ampliando su capacidad de gestión del espacio urbano (social y físico) degradado.

Acertadamente se ha dicho que la base de una opción social renovada que pudiera surgir de estos espacios requiere el empoderamiento de la gente que vive en estos lugares. El asunto es cómo conseguirlo.

En este momento, considero que existe en Ecología un concepto que puede resultar

clave en la conformación de algunas respuestas. Este concepto es el de resiliencia. ¿Qué es la resiliencia?. La resiliencia se define como aquella capacidad de los sistemas (sociales, físicos, territoriales, económicos, etc.) para soportar eventos de perturbación y conservar o recuperar unas determinadas características funcionales en breve espacio de tiempo tras esa perturbación. Un sistema con altos niveles de resiliencia destaca por ser robusto, lo que le confiere la capacidad de ser relativamente estable, aun bajo la ocurrencia de algún evento perturbador.

La resiliencia posee tres ingredientes básicos:

- La diversidad: que se define como el número de tipos de elementos que conforman el sistema. Una mayor diversidad conlleva un mayor grado de resiliencia dado que si falla funcionalmente alguno de sus componentes,

el sistema posee capacidad de sustituir esa función mediante el concurso de algún otro componente alternativo. En definitiva, un sistema diverso trata de "poner los huevos en muchas cestas" diferentes.

- La modularidad: que hace referencia al tipo, cantidad y cualidad de las conexiones que se establecen entre los componentes. Mientras más conexiones se produzcan, mayor será la capacidad de resiliencia, porque las conexiones que en un determinado momento pueden fallar siempre podrán ser recompuestas o compensadas por otras conexiones.

- Intensidad de retroacción: se refiere a cómo de rápido o de intensamente las consecuencias de un cambio en alguna parte del sistema es advertido por las demás partes. En la medida en que los elementos del sistema estén ricamente conectados, la retroacción en la información será más intensa

y rápida, y por tanto, será más fácil atender a las demandas de cambio que puedan producirse tras un evento perturbador.

Puede intuirse ya que si existe una característica común de los tejidos físico-sociales de las barriadas degradadas es precisamente la falta total de resiliencia: la diversidad social es muy baja; las conexiones sociales en estos barrios son a menudo escasas, desiguales o conflictivas, tanto en su interior como con respecto al exterior; y la intensidad de retroacción es siempre muy difícil, porque los órganos decisivos (la administración) no son reconocidos o simplemente están ausentes (falta de tejido productivo privado, por ejemplo). En definitiva, se trata de una situación de degradación de un sistema social, que no es capaz de soportar la más mínima perturbación y que, ante cualquier dificultad, se viene abajo con pasmosa ra-

Fotografías del barrio "El Puche", Almería.

ARTÍCULOS DE OPINIÓN

Combatiendo la obsolescencia. Manuel Calvo Salazar.

pidez. De esa manera, son más vulnerables ante la ocurrencia de una crisis económica, porque el empleo escasea de manera más intensa y más rápidamente que en cualquier otro lugar de la ciudad consolidada.

En esta situación de baja resiliencia, no es posible atender, por ejemplo, a los arreglos habituales de los edificios, con lo que éstos están condenados a sufrir una paulatina degradación, que se acelera por su particular diseño o por los materiales de calidad escasa utilizados en su construcción. A este respecto, no es casualidad que una de las acciones que primero han de acometerse en cualquier proceso de rehabilitación de estos espacios sea la formación de Comunidades de Vecinos, figura que es inexistente en un número nada despreciable de ocasiones. Podría afirmarse que es imprescindible, en primera instancia, la generación de un mínimo sistema social conectado que genere algo de resiliencia ante la eventual intervención física de rehabilitación.

Así pues, conseguir el empoderamiento social de los habitantes de estos barrios es un objetivo irrenunciable de las intervenciones más modernas. Las personas que viven en estos barrios han de convencerse que la salida de su situación reside en gran medida en la capacidad propia de generar un sistema social robusto, lo cual es una tarea colectiva, donde la decisión sea compartida y gestionada socialmente. Este proceso puede ser lento, pero es el único viable.

Si la intervención sobre la obsolescencia se singulariza en una intervención física aisla-

da, sin crear redes sociales adecuadas, el deterioro ulterior está prácticamente garantizado. El diseño de la intervención social podría encontrar en los conceptos ecológicos y sistémicos, una fuente de ideas muy interesante.

En este sentido, ejercen un papel preponderante las soluciones simples, de carácter local, flexibles, robustas, inteligentes, imaginativas y basadas no en la tecnocracia de las intervenciones acostumbradas, sino en la necesidad de que las personas que viven en las barriadas comprendan la urgencia de poner freno a la situación de deterioro y que estén dispuestas a protagonizar un proceso de renovación integral. La Administración, en este caso, ha de actuar de catalizador del proceso, proponiendo caminos y aportando profesionales que ayuden a materializarlos y hacerlos posible; ha de lubricar, ya sea con recursos económicos o humanos, un proceso que los habitantes deben asumir como propio.

La obsolescencia del resto de la ciudad

A decir verdad, en términos de resiliencia, es difícil abstraerse de la conclusión de que la totalidad de la ciudad actual es un tremendo ejercicio de obsolescencia. Obsoleto, según la Real Academia de la Lengua, es aquéllo que o bien es "poco usado" o bien es "anticuado, inadecuado a las circunstancias".

La característica diferencial de la ciudad a lo largo de la historia ha sido la facilidad de la creación de redes de relación cercana entre humanos, a diferencia del medio rural, donde estas relaciones tendían a ser más difi-

les. Sin embargo, la tendencia contemporánea a la soledad en tejidos muy poblados es una consecuencia del crecimiento de las opciones individualistas frente a las colectivas. La ciudad hoy día es el espacio de lo individual, y ello se trasluce en todos y cada uno de sus rincones y formas de organización urbanas. Aunque parezca paradójico, la ciudad actual es el espacio de la individualidad en un espacio de enorme densidad humana. Ha dejado de ser un proyecto colectivo. Pero una ciudad que renuncia a complejizar y conformar redes colectivas y cercanas muy

nutridas puede sólo mantenerse mediante una entrada abundante de energía. Si nuestro deseo es eliminar nuestra relación personal con el tendero del barrio y sustituirla por la relación comercial entre el gran detallista de alimentación, deterioramos nuestra capacidad de enfrentarnos ante una hipotética situación de carestía. Somos, de esta manera, muy vulnerables ante las perturbaciones que pudieran producirse.

Si algo ha demostrado la crisis económica que atravesamos es que nuestro sistema social y económico posee una vulnerabi-



Fotografía realizada por Mar Ruiz..

ARTÍCULOS DE OPINIÓN

Combatiendo la obsolescencia. Manuel Calvo Salazar.

lidad sin precedentes. Es inquietante que el hundimiento de un solo banco (Lehman Brothers) estuviera a punto de generar un desastre económico de una magnitud inimaginable. La dependencia de las sociedades avanzadas es tan patente que causa pavor imaginarla. Pero, al fin y al cabo, no es la inestabilidad del sistema financiero el mayor problema de resiliencia al que podemos enfrentarnos.

La ciudad actual, individualista, dependiente, vulnerable y carente de identidad social colectiva, está edificada sobre dos suposiciones que arrojan, si cabe, más leña al fuego:

- La necesidad de un suministro de energía abundante, intenso y barato, lo cual sólo puede conseguirse en la actualidad mediante el concurso de los combustibles fósiles.

- La asunción de un paradigma de desarrollo basado en el crecimiento ilimitado, de manera que la ciudad debe poseer una dinámica de crecimiento físico constante.

La organización de la ciudad necesita de ambos factores para poder existir en el espacio de la economía globalizada. Esta afirmación es tan real como irreal es imaginar que ambos factores pueden ser mantenidos indefinidamente: no puede comprenderse ni un consumo energético sin límites ni un crecimiento constante en el mundo físico en el que vivimos. El crecimiento constante de la ciudad y de la economía son entelequias sin ninguna base real, son, en definitiva, una utopía de imposible consecución.

Muchas ciudades han comenzado a darse cuenta de este reto y están diseñando so-

luciones propias que doten de mayor resiliencia a sus tejidos sociales y económicos, generando opciones de metabolismo físico muy diferentes al habitual (energías renovables, descenso del consumo de energía, acortamiento de las redes de producción y distribución de alimentos, etc.). El resultado está siendo la conformación de un nuevo movimiento de modernización hacia modos locales de producción y distribución, basados en tejidos sociales robustos, de mayor resiliencia, y en la toma de conciencia de la realidad energética de cada territorio.

La realidad es que muchas ciudades y regiones están adoptando enfoques parecidos a este por simple competitividad. Lo competitivo, en el futuro a medio plazo y entendido como una expresión de viabilidad en un entorno determinado, es un acicate al cambio hacia formas de organización menos demandantes de recursos naturales y, en consecuencia, menos dependientes de factores o suministros externos y lejanos. No hay nada más que observar qué le pasa a una ciudad moderna y de un determinado tamaño cuando hay un fallo en el suministro eléctrico: la totalidad de la ciudad se para y/o se desorganiza. La buena noticia es que un apagón genera, de pronto, un espacio para la vida colectiva desde el momento en que normalmente domina la conversación familiar a la luz de las velas.

Es evidente que no estoy pensando en un futuro sin luz eléctrica, pero este hecho ha de hacernos pensar sobre la obsolescencia de un modo de vida tan dependiente, que

hace de su vulnerabilidad un elemento significativo de su existencia. Somos tremendamente vulnerables porque nuestras conexiones son con muy pocos y monótonas (baja diversidad), con poca calidad (baja modularidad) y con poca capacidad de reacción (poca intensidad de la retroacción). Somos escasamente resilientes y, por lo tanto, muy muy obsoletos, dado que nuestras ciudades son "inadecuadas a las circunstancias" de nuestro mundo físico y social.

Existen sectores donde esta obsolescencia es más patente que en otros. El ejemplo de la movilidad y el transporte es el más evidente. La tendencia al incremento de las relaciones de transporte entre ciudades y territorios va en aumento, independientemente de las necesidades energéticas que ello está produciendo y los problemas de suministro que se presentarán en un futuro a medio plazo. Otros sectores obsoletos y necesitados de intervención reformadora son el uso de la energía en las edificaciones o la apatencia al consumo desmedido de mercancías manufacturadas muy lejos de nuestras fronteras, incluyendo los alimentos.

Los nuevos modos de generar ciudad: la oportunidad de las barriadas
Como se ha afirmado en párrafos anteriores, es positivo comprobar cómo los procesos de intervención pública en las barriadas degradadas han realizado el largo viaje que separa la preponderancia de la intervención física aislada hasta la intervención social integral. Podría ser el momento de ir proponiendo otra "vuelta de tuerca".



ARTÍCULOS DE OPINIÓN

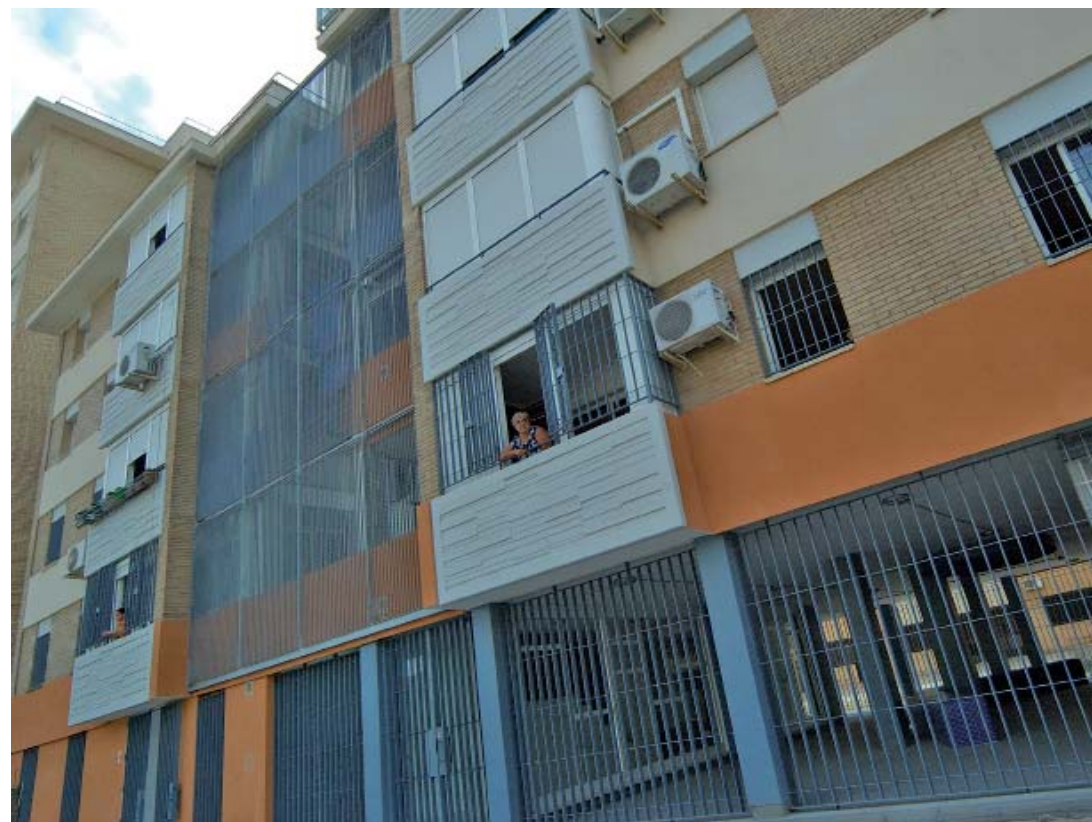
Combatiendo la obsolescencia. Manuel Calvo Salazar.

Puente en Córdoba.

Teniendo en cuenta la obsolescencia de la ciudad actual en su conjunto, es cuestionable que la solución a la obsolescencia de las barriadas sea integrarlas en un tejido productivo y urbano igualmente obsoleto (aunque ciertamente quizás no tan degradado). En suma, considero que las intervenciones públicas en materia de obsolescencia son magníficas oportunidades para generar dinámicas urbanas diferentes que sean realmente modernas y respondan a los retos que se nos están planteando como sociedad. Si la salida de estos barrios pasa por la generación de un tejido social resiliente que tome conciencia de su realidad social y actúe en consecuencia, no veo dificultad alguna para que esta misma toma de conciencia se extienda hacia otros elementos, como la importancia de generar dinámicas vitales de menor consumo energético, de nuevos modos de moverse por la ciudad o de acceder a lugares y servicios o de producción y distribución de alimentos, por ejemplo. La teoría de redes nos enseña que no es posible la generación de nodos urbanos con gran actividad si no es a costa de la actividad de otros nodos urbanos existentes. Si se desea que las barriadas degradadas, espacios de especial obsolescencia, jueguen un papel

importante en la ciudad actual, la estrategia de intervención ha de estar centrada en conseguir que estos espacios jueguen a "algo diferente". De esta forma, se convierten en espacios de oportunidad para ensayar nuevos modos de vida urbanos. La adscripción de estas intervenciones a la denominación de Eco barrios está quizás muy manida. Pero desde el punto de vista sistémico, las intervenciones sobre áreas urbanas aquejadas de obsolescencia podrían confirmar que estas ideas son válidas; si se tiene en cuenta que el concepto de Eco barrio significa mucho más que un espacio donde se instalan placas solares o se ensayan propuestas arquitectónicas atrevidas.

La oportunidad que supone la emergencia (en el sentido sistémico de propiedad emergente) de un tejido social robusto y resiliente delimita un espacio de juego sensiblemente diferente. El sistema social que surge de las intervenciones de rehabilitación podría ser, en definitiva, el elemento diferencial de estos espacios con respecto al resto de la ciudad: es su arma más eficaz para luchar por un presente y un futuro más interesante y emocionante, proponiendo también caminos para solventar la obsolescencia de la ciudad contemporánea en su conjunto.



Edificio rehabilitado en el barrio Martínez Montañés, Sevilla.

ARTÍCULOS DE OPINIÓN

Combatiendo la obsolescencia. Manuel Calvo Salazar.